

citas, referencias abundantes, pero sin ninguna pasión, sin planteamientos ni propuestas de fondo y que, por supuesto, no suscitan ningún tipo de inquietud en el lector.

Para rematar, la presentación formal y el diseño editorial del texto son tan lamentables que hubiera sido mejor que se hubiese conservado como tesis de grado, arrumada en los anaqueles del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, porque no representa ningún aporte significativo al conocimiento de la historia de este país. Si acaso como requisito de grado estaba bien, pero como libro resulta ser un suplicio para sus eventuales lectores.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor,
Universidad Pedagógica Nacional

Sobre el racismo decimonónico de las elites criollas

**Nación y diferencia
en el siglo XIX colombiano.
Orden nacional, racismo
y taxonomías poblacionales**

Julio Andrés Arias Vanegas
Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales,
Departamento de Antropología,
Centro de Estudios Socioculturales
e Internacionales (Ceso),
Colección Prometeo, Bogotá, 2005,
159 págs.

El asunto de la formación de la nación colombiana durante el siglo XIX sigue suscitando reflexiones, que ahora se ven enriquecidas por el conocimiento de la producción intelectual sobre la temática de la nacionalidad y el nacionalismo que se han ido generando en distintos lugares del mundo. Al respecto ha resultado muy estimulante la difusión de la obra de Benedict Anderson (*Comunidades imaginadas*), a quien se le debe, en gran medida, el renacimiento del estudio de este problema. Di-

cha influencia también se ha hecho sentir en Colombia en los últimos años, destacándose al respecto *Fronteras imaginadas* de Alfonso Múnera. En esta misma dirección se sitúa la obra de Julio Arias Vanegas, que entramos a comentar.

Para comenzar, debe señalarse que a lo largo del libro el autor hace una presentación clara de los autores y los referentes conceptuales que han guiado su investigación. Entre esos autores se encuentran Pierre Bourdieu, Benedict Anderson, Ernest Gellner y algunos teóricos del poscolonialismo, como Homi Bhabha y Partha Chatterjee y entre los conceptos principales están los de “capital simbólico”, “racismo”, “climismo”, “colonialidad del poder” y “colonialismo interno”.



Aunque el autor esté influido por la perspectiva poscolonial, sin embargo, a diferencia de los autores de esta corriente más conocidos en América Latina (como Walter Mignolo), no abusa de la retórica del poscolonialismo (casi una variante terminológica del posestructuralismo francés), ni recurre a juegos lingüísticos innecesarios y sofisticados, que sólo entienden unos cuantos elegidos. No, el autor claramente indica cuáles son las perspectivas teóricas que guían su investigación, sin incurrir en falsas disquisiciones teóricas. Y como en los buenos libros de historia, las nociones que el autor emplea sirven como hilo conductor del relato que se construye sobre el problema histórico considerado.

Por supuesto que algunas de las nociones usadas son discutibles, tales como las de “racismo” y “climismo”, que se emplean reiteradamente. Aunque, repetimos, el autor es muy cuidadoso en la precisión

conceptual, puede asegurarse que estos términos simplemente son nuevos apelativos para designar al racismo y al determinismo climático. Por eso, utilizar términos como “racismo” y “climismo”, en lugar de aclarar el asunto, puede llevar a confundirlo. Aún más, en cuanto al término “racismo” —que forma parte del subtítulo del libro— el autor se separa de Teodorov para quien el racismo sería una cuestión discursiva, mientras el racismo sería una asunto práctico, diciendo que “esto podría implicar una separación insostenible entre discurso y práctica” y por ello reafirma que “los textos aquí analizados provienen, se sustentan y generan discursos sobre el racismo, los cuales se originan en prácticas concretas de dominación política, cultural y económica” (pág. xviii, nota 10). En otros términos, si el racismo no sólo es una cuestión cotidiana, sino que está relacionada con determinados discursos, no creo que se justifique llamarlos a éstos racismo y no racismo, un término más concreto y apropiado para denominar los procesos de discriminación, exclusión y dominación que se basan en la idea de que existen razas, y que además, unas son superiores y otras inferiores.

Con respecto a lo de “climismo” o “climista”, el autor nos informa que lo usa “para referirse al tipo de doctrinas o pensadores que enfatizaron, dentro del racismo, en la explicación de la influencia o la determinación imperante del clima en la constitución física, moral y social de los hombres” (pág. 55, nota 70). Ahora bien, esto no es otra cosa que el determinismo climático, una variedad del determinismo geográfico, y sería mucho mejor utilizar esta denominación porque, a mi parecer, revela más claramente el sentido profundo de la realidad que el término quiere dar a conocer, como que las diferencias sociales, económicas, morales y culturales entre los seres humanos serían imputables a las características climáticas en que viven.

En cuanto al contenido del libro, su autor hace un estudio de los textos generados por lo que él denomi-

na, la "élite" nacional en el siglo XIX. Entre estos textos fueron consultados las crónicas y relatos de viajeros, las novelas, los textos políticos de autores representativos de esa elite, las estampas y pinturas y los cuadros de costumbres. Se estudian autores como José María Samper, Miguel Samper, Julio Arboleda, Agustín Codazzi, Salvador Camacho Roldán, Eugenio Díaz Castro, entre otros. El propósito principal del autor radica en examinar el discurso construido por esas elites sobre el primer bosquejo de una "unidad nacional". Pero esa unidad, como lo recalca de manera permanente el autor, no implica solamente considerar y exaltar la homogeneidad del cuerpo constitutivo de la nación, sino también enfatizar las diferencias. Aún más, resultan siendo más importantes las diferencias, porque la elite en sus proyectos de nación, precisa diferenciarse de los "otros", es decir, de los indios, negros, zampos, mulatos, pobres... En otros términos, se trata de examinar cómo la elite nacional se imaginó e inventó al pueblo nacional. Éste es el tema de la primera parte del libro, la cual consta de tres capítulos. En ellos se estudia la manera como se forjó un proyecto de nación que, a la vez, era unitaria y diferenciada, unitaria con respecto a la elite y diferenciada con respecto al "pueblo llano".

En ese proceso desempeña un papel central la historia y la geografía como conocimientos fundantes de la República que surge tras la Independencia. El discurso histórico busca justificar la existencia de un pasado común entre los habitantes de la naciente república, de ahí la importancia que adquirió una cierta lectura del pasado mediato e inmediato por parte de esas elites. El estudio de Julio Arias Vanegas muestra las distintas percepciones históricas de la elite y la manera como se iban adecuando o modificando en concordancia con su intención de moldear una cierta unidad nacional, de acuerdo con sus intereses. Por su parte, lo geográfico remite a la necesidad de describir el paisaje del territorio que comprende la nación, con la finali-

dad de tratar de fijar, entre sus habitantes, la conciencia de pertenecer a cierta nación particular y políticamente soberana.

Otro componente temprano de esa búsqueda lo proporcionaron la religión católica y el idioma castellano (el cual equivocadamente es denominado como "español" por parte del autor del libro que reseñamos). El catolicismo podría darle una "unidad moral" a la nación, considerando el peso histórico de la religión legada por la dominación española durante más de tres siglos, la cual se constituía en un indudable factor espiritual y cultural de homogeneización. Otro tanto sucedía con el idioma, porque el castellano se convertía en el cemento que pretendía unir a los diversos "tipos raciales" que habitaban en la Colombia de entonces. De manera contradictoria, con el lenguaje sucedió algo muy singular, en la medida en que lo que aparecía como elemento de unificación se convirtió en un aspecto de disgregación, porque las elites reivindicaron el "buen uso" del idioma, exaltando las supuestas virtudes de la gramática para que los ciudadanos pudieran pensar correctamente. Ahí se encuentra el origen del poder simbólico de los gramáticos en la historia colombiana, siendo sus épocas doradas la Regeneración y la República Conservadora.



También son analizadas las estrategias de diferenciación utilizadas por las elites dominantes, entre las cuales descuellan la implantación de

signos de distinción, como el linaje, una reminiscencia de la pureza de sangre de la época colonial; la creencia en poseer una fisonomía blanca que los diferenciaba de los otros, de los mestizos, indios y negros; y el buen gusto, relacionado con ciertas aptitudes literarias y estéticas. De este último aspecto, el buen gusto, debe resaltarse que fue una de las señas más socorridas cuando las elites proclamaban su carácter de "civilizados" en relación con el resto, es decir, con los "bárbaros". Obviamente, estas distinciones apuntaban a reforzar su papel como "nobleza de Estado" y a catalogar a los miembros del pueblo, a los otros, como inferiores.

Con respecto a esta cuestión, en el libro se encuentra un muy sutil e interesante análisis y descripción de la forma como la elite imaginó al pueblo. Al respecto, se destaca una tesis de mucha actualidad en relación con el carácter profundamente recortado y excluyente de la democracia política y social en Colombia tal y como se perfiló desde la segunda mitad del siglo XIX. En contra de aquellos autores, como Eduardo Posada Carbó, que se extasían con los logros de la "democracia colombiana" desde hace dos siglos, en esta investigación aparece una visión diferente, pues se recalca que, de acuerdo con la manera como las elites se imaginaban a los sectores populares, predominaba una concepción aristocrática de la democracia, bien reflejada en la postura de Florentino González, cuando afirmaba: "Queremos [...] una democracia ilustrada [...] en que la inteligencia y la propiedad dirijan los destinos del pueblo; no queremos una democracia bárbara en que el proletariado y la ignorancia ahoguen los gérmenes de la felicidad y traigan a la sociedad [...] confusión y desorden" (citado, pág. 28).

Con tal concepción de democracia, no era de extrañar que la elite se catalogara a sí misma como la parte civilizada de la sociedad y que viera a los otros como la parte bárbara de la nación. De esta forma, aunque se reconocía la existencia del

pueblo, en el imaginario de la elite emergía un miedo permanente hacia éste, miedo que dominó la escena política durante la segunda mitad del siglo XIX, en especial después de 1849 y 1854, con las movilizaciones de artesanos, esclavos y sectores populares contra el librecambio, por la implantación de las reformas de medio siglo y en apoyo directo al golpe de Melo. Para las elites, el miedo al pueblo planteaba la urgencia de moldearlo, educarlo, civilizarlo, para lo cual se construyó una imagen ideal del pueblo, en la que predominaba la idea del mestizaje. A ese pueblo ideal se le atribuía el papel de ser trabajador —lo cual estaba relacionado con el proyecto agroexportador de las elites—, para poder ser copartícipe en la prosperidad de la nación. También debía ser moralmente sano, esto es, católico, obediente, sumiso y respetuoso de la unidad familiar. Como era obvio que estas cualidades se las autoatribuían las elites blanqueadas, éstas consideraban que la mejor manera de inyectarlas en el pueblo bárbaro e iletrado, radicaba en impulsar el mestizaje, visto, finalmente, como un proceso de irreversible blanqueamiento, premisa esencial para alcanzar la prosperidad material y moral. En estas condiciones, el blanqueamiento no sólo era un asunto racial, sino que estaba acompañado de los valores propios de las elites blancas: laboriosidad, ilustración, civilización, vigor y moralidad. Y esto se debía hacer porque los indios, los negros y todos los “bárbaros” justamente lo eran porque, a la par, eran racialmente inferiores y portadores de unos valores igualmente inferiores, entre los cuales sobresalía la pereza, la indolencia, la desidia y la suciedad. Estos sectores habitaban en los márgenes físicos y simbólicos de la nación, y por eso mismo había que incorporarlos a la nación, mediante la civilización, el progreso y el mestizaje, sin que eso implicara que debieran desaparecer las diferencias “naturales” entre las elites y el pueblo.

Para explicar la inferioridad de los otros, se recurrió desde luego al

“climismo”, un determinismo climático que atribuía superioridad o inferioridad como resultado directo de ciertas condiciones ambientales y geográficas. Con todos estos elementos, el autor hace una minuciosa reconstrucción de la visión de la elite sobre los indios, los negros y los mestizos.



En la segunda parte del libro, el autor explica cómo esta visión climática del espacio nacional se fue plasmando en la forma particular de analizar diversas regiones, en relación con las “razas” que allí se encontraban. Se proclamó la existencia de tres razas (blancos, indios y negros) y dos tierras (las altas y las bajas), retomando parte de la caracterización que Caldas había esbozado desde la primera década del siglo XIX. Este determinismo climático sirvió para explicar a los ojos de la elite, porqué ellos eran descendientes directos de los europeos y porqué debían dominar a aquéllos que habitaban en las tierras menos adecuadas para la civilización, donde estaban los indios y los negros, hundidos en el pantano de la pereza, la ignorancia y la suciedad, todo lo cual era resultado directo del clima predominante en las tierras bajas, donde vivían. Con estos criterios se establecía una “jerarquía climática”, en la cual aparecían como superiores aquéllos que habitaban en las zonas altas (de Bogotá, y Antioquia, principalmente) y como inferiores los rústicos habitantes de las tierras bajas, siendo tal criterio la justificación del poder y la dominación. Ya lo decía José María Samper en 1861 que “las montañas de los Andes” representan “por su asom-

brosa grandeza y majestad sublime la bondad infinita de Dios”, por lo cual “son en el mundo colombiano los mejores agentes de la civilización democrática” (citado pág. 80).

Por supuesto que entre las tierras altas y las bajas no podía seguir existiendo la intercomunicación que separaba a los bárbaros de los civilizados, sino que se debía emprender un proceso de integración, para lo cual se reclamaba como el mejor medio la colonización que se debía organizar e impulsar desde las tierras altas. En esta concepción se puede decir que se encuentra el origen temprano del mito democratizador de la colonización antioqueña, falso mito que nos persigue hasta el día de hoy.

En este proceso de expansión a partir del modelo agroexportador, para las elites fue necesario pasar de las “razas” —por su carácter genérico— a los tipos humanos que poblaban el dilatado espacio neograndino. Estos tipos expresaban los deseos, temores y ambigüedades de las elites. Con mucho esmero son descritos estos tipos, tal y como aparecen en las crónicas de viajes, en las novelas costumbristas, en los estudios sociológicos, geográficos y políticos y en las estampas y grabados de la época. A partir de esta categoría de tipos, son reconstruidos los mecanismos discursivos con los cuales son representados los indios, los bogas, los calentanos, los cosecheros, todos contruidos basándose en ciertos estereotipos propios de la visión colonialista europea, que era aplicada a la realidad nacional, en una clara muestra de colonialismo interno. Pero al mismo tiempo y en contraposición, también se construyeron los tipos de “éxito”, entre los cuales sobresalían los cachacos y los patrones, modelos de superioridad en el imaginario simbólico de las elites dominantes de la embrionaria nación colombiana.

Habiendo realizado estas precisiones, al final el autor dedica un capítulo al análisis de la “regionalización de la diferencia”. En dicho capítulo se estudia la emergencia de ciertos tipos regionales, que cobran importancia no en sí mismos, sino en direc-

ta relación con los criterios de unidad y homogeneización nacional. En esta parte, el autor esboza una tesis muy interesante, contrapuesta a la mayor parte de estudios regionales que se hacen en Colombia, porque no le concede existencia previa a lo regional, como si se hubiera constituido antes de lo nacional, sino que ambos, lo nacional y lo regional, se habrían configurado casi de manera simultánea, lo que se explica en razón de que no puede pensarse lo regional fuera de un contexto espacial y social más amplio, que en el siglo XIX sólo podía ser el de la nación.

Para analizar esta regionalización, el concepto medular usado por Arias Vanegas es el de "colonialismo interno", noción con la que se sintetizan todos los aspectos antes considerados sobre racialismo, climismo y tipos raciales. Ahora bien, lo distintivo de los tipos regionales que van a ser construidos está relacionado con los sistemas extractivos o productivos específicos, o sea, la actividad económica más importante en determinada región, según la visión de las elites dominantes del siglo XIX. Así, son analizados los antioqueños, colocados como el ejemplo para imitar porque en ellos se coaliga la prosperidad material y la buena moral; los santandereanos, de los cuales se exalta su carácter de artesanos, campesinos y liberales; los llaneros, vinculados a la ganadería; los tolimenses y neivanos, como habitantes esforzados de la tierra caliente; en fin, los santafereños, payaneses y costeños, vinculados a ciudades donde se constituyó una cierta identidad de elite criolla, letrada y culta, identidad forjada para diferenciarse de los habitantes pobres que habitaban en los márgenes de esas ciudades.

Esta construcción no sólo era jerárquica y excluyente, sino además hecha prioritariamente desde un eje territorial perfectamente definido, el eje Bogotá-Antioquia, desde donde se trazaba la dominación simbólica de la nación. Desde este eje central, sede del poder real y simbólico, era visto panorámicamente todo el territorio de la nación, cuyos márgenes eran habitados por bárbaros, difi-

les de incorporar a la nación, tanto por la distancia física como por su atraso e incivilidad.

Ya para terminar, debe recalarse que este libro está muy bien escrito, su prosa es ágil y amena, se apoya en importante material documental y, adicionalmente, está acompañado de diecisiete ilustraciones. Sobre éstas hay que decir que no sólo ilustran, sino que son un componente importante del libro en la medida en que contribuyen a ampliar, clarificar y explicar el análisis que el autor hace en los diversos capítulos. Lamentablemente, las figuras son muy pequeñas, y la letra que las acompaña es tan minúscula, que eso las hace perder en el conjunto del libro.

Podemos decir, en fin, que estamos ante un trabajo bien elaborado, coherente y riguroso, con el cual se demuestra la importancia del análisis social e histórico para contribuir a clarificar los grandes problemas de la nación colombiana, los cuales siguen gravitando sobre la conflictiva realidad de nuestra época.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor,
Universidad Pedagógica Nacional

Una historia institucional contada "desde abajo"

**Servidores del saber.
Memoria histórica de los trabajadores
de la Universidad Nacional
de Colombia, 1940-1980**

María Piedad León Cáceres
Universidad Nacional de Colombia,
sede Medellín, Medellín, 2008,
236 págs.

Más que un estudio sobre los trabajadores de la Universidad Nacional, este libro es una investigación formal, presentada en el formato de las tesis de maestría. Quizá por ello, la presentación se caracteriza por un esfuerzo conceptual, teórico y metodológico, orientado más a los jurados

evaluadores que a un público, que en primera instancia según los postulados diversos que propone la autora, estaría constituido por los actores históricos que estudia. La investigación es propuesta como una "historia desde abajo", de "los olvidados", o de "los invisibles"; igualmente, se aplican metodologías de la historia oral. Podríamos decir que es una propuesta de recuperación de la memoria de los que la perdieron ante el empuje protagónico de otros actores históricos. Se trata, en consecuencia, y según la autora, de una "nueva manera de hacer historia", que a juzgar por los autores que cita (Burke, Sharpe, Joutard, P. Thompson, Vansina, Ginzburg, L. Ladurie y Hobsbaum), no es precisamente nueva.



Lo que sí es nuevo, y considero que en ello descansa la importancia de esta obra, es el propuesto estudio de los trabajadores de la Universidad, ya que con él se rebasan los límites de las historias institucionales que, a menudo, ignoran a los hombres y mujeres que son los verdaderos actores históricos. Esto se hace teniendo como punto de partida una pregunta interesante: ¿cuáles son las razones de la exclusión de los trabajadores de la Universidad de la historia institucional?, pues la respuesta hipotética, planteada como otra pregunta, nos deja ver la concepción ideológica que guiará la investigación: ese olvido (¿exclusión?) ¿es sólo desde la historiografía, o en realidad es el reflejo de una concepción sobre los trabajadores, tanto de parte de la